

X

En diversos libros, donde hablo un poco de todo y de todos, he desperdigado detalles suficientes a propósito del *Parnaso Contemporáneo*, de su gallardo esfuerzo y de sus triunfos finales, así como de los queridos combatientes, que en su mayoría siguen siendo buenos amigos míos, en la brecha conquistada y dispuestos siempre a rechazar las imprevistas acometidas de un enemigo multiforme —mal gusto, idio-

tez o extravagancia—. Inútil, pues, insistir en aquellos tiempos heroicos; pero, lo repito, conviene precisar mi situación entre mis camaradas, defensores a mi lado de la misma bandera que yo. Casi todos habíamos forzado ya a la notoriedad, y algunos a la gloria; Coppée, con sus *Intimidades*, que se publicaron al mismo tiempo que mis *Fiestas galantes*, y, sobre todo, con su *Transeúnte*, que por primera vez dejó oír en las tablas la nueva lengua que nosotros aportábamos, Sully-Prudhomme, severo y dulce, marcado por aquellos días remotos con la buena señal, verdadera y debidamente académica.

Los demás sostenían dignamente la lucha en el llano; Dierx, con sus *Labios cerrados*, que sucedían, mucho más perfectos, señalando magníficamente su apogeo, a *Poemas y poesías*, que habían prometido y cumplido su promesa; Valade y Merat, hermanos separados no desunidos, después de haber dado, en un dúo primaveral, *Abril, mayo, junio*, cada uno con su nota propia, cantando el uno sus *Quimeras*, el Ideal, y su *Idolo*, la Hembra, y gorjeando el otro *A la vera*, églogas deliciosas, y a veces mejor que profundamente melancólicas; Heredia con sus sonetos, que lo han hecho sin igual posible en esa forma que prefiere, a pesar de que maneja soberbiamente también la epopeya, y, por último, Mendes, exuberante, entusiasta; pero sa-

biendo ya dominar y dirigir su forma y su pensamiento, y que por entonces era ciertamente, por su espíritu seductor, pero imperioso de propaganda, algo así como el maestro, sin dejar de ser el bueno y fraternal camarada, de aquellos ingenios juveniles, exuberantes y entusiastas también.

Reuníamos en casa de Leconte de Lisle, los sábados, y en la de Banville los jueves, en veladas dedicadas por entero a conversaciones de arte y de poesía, que el ingenio cáustico del primero salpimentaba de modo "truculento y portentoso", y la ironía del otro maestro sazónaba muy delicadamente con su amenísima ironía. Muchos de nosotros frecuentábamos también la casa del admirable Nina, del que he hablado acá y allá, insuficientemente; temperamento de artista a quien su fuego prematuramente consumió. Cros, Villiers de L'Isle-Adam, dos genios víctimas tempranas de su gloriosa superioridad hasta sobre los selectos, contábanse entre los asiduos de aquellas veladas sonoras de poesía y de música.

Yo, desde que mi boda quedó casi concertada, dejé de ver a muchos de mis, sin embargo, queridos compañeros. Todo mi tiempo, lo mismo que todo mi corazón y la mayor parte de mi espíritu, estaban en Montmartre y en mis deliciosas visitas de la noche...

En una de éstas, al llegar yo, alegre como siempre y —para deslizárselos en las manos como a hurtadillas a quien le correspondían en derecho— con algunos versos compuestos en la oficina, entre dos clasificaciones de documentos administrativos que me interesaban a mí mucho menos que las moscas que revoloteaban por el aire, símbolos fugitivos

De la rima no pesada,

y también de la razón, que no volvía a mi espíritu sino en la presencia real de aquella a la que doquiera veía y a la que tanto he amado y tan amargamente he llorado, aún no hace todavía mucho, durante unos pobres, tristes y miserables años, a lo más, solitarios en medio de la disipación, viudos entre hembras y más hembras, tristes a pesar de las “fiestas”, de la bebida inagotable y de la carne golosa... Una noche, pues, al llegar yo, alegre como siempre, y más todavía, puesto que acababa de dejarlo todo arreglado en nuestras alcaldías e iglesias respectivas para que al día siguiente mismo se publicasen nuestras amonestaciones civiles y religiosas, recibíome la criada con estas palabras:

—La señorita Matilde está muy enferma. Creo que no podrá usted verla hoy.

Entré y preguntéle a su padre, el cual me ha-

bló poco menos en el mismo lenguaje, y subió a preguntarle a su esposa, la cual me gritó desde el rellano de la escalera:

—Suba usted. Su visita le hará bien.

Era la primera vez que penetraba yo en la alcobita toda de blanco y azul en que guardaba cama mi novia. Lo primero que llamó mi atención fué un retrato mío colocado encima de la concha de una pila de agua bendita colgada de la pared, y que yo le había enviado cuando estaba ella en el campo, y aquello me conmovió infinitamente; pero trabajo costóme contener las lágrimas al fijar la vista en la enferma y al estrechar su ardiente manecita; la linda cara tan mona, tan rosadamente blanca, estaba tachonada toda ella de manchas de un rojo violáceo, y un principio de hinchazón tumificaba las sudorosas mejillas. La boca, sin embargo, sonreía, muy pálida, ¡ay!, y los ojos verdadera y sinceramente hermosos, que un brillo febril animaba en aquel instante, daciánme cosas que apenas expresaba la voz casi apagada:

—Esto no será nada. No temas. Y a propósito, ¿serán mañana las amonestaciones? ¡Sí! ¡Oh, qué gusto! Estoy un poco fatigada, el médico me ha dicho que procure dormir y no he podido conseguirlo en todo el día; pero ahora que te he visto y hablado, estoy tan contenta que voy a quedarme dormidita pensando en ti.

Hasta mañana sin falta, ¿eh?

Al otro día era domingo. Yo tenía libres toda la mañana y toda la tarde. Al acompañarme hasta la puerta díjome su padre que temía que aquello fuese la viruela. Las personas de mi edad recordarán que por aquella época hacía estragos la epidemia en París, donde siguió haciéndolos hasta pasadas la guerra y la *Commune*, Júzguese de mi inquietud y de la premura con que al otro día, en cuanto hube tomado el desayuno, y después de decirle a mi madre que, sin duda, no volvería hasta la hora de cenar, pues estaba invitado a comer con unos amigos, dábale estas explicaciones para no alarmarla inútilmente, me encaminé a la calle de Nicolet, en busca de noticias.

Las viruelas habíanse ya declarado y empezaba a la sazón el delirio.

Costóme todo el trabajo del mundo subir aquella vez a la alcoba de la enferma, y también fué aquella vez la madre —¡digna mujer de gran corazón a la que consagro todo mi culto!— quien me hizo pasar allí dentro. El padre protestaba; en primer lugar, no debía abrir la puerta tan a menudo, y además la enfermedad era contagiosa y...

Yo me burlaba no poco, por supuesto, de semejante objeción; pero ésta formal, y cuando

con las otras, más serias, quedó apaciguada por las infinitas precauciones adoptadas para permitirme asomarme de puntillas, y por debajo de una espesa cortina apenas levantada con mano trémula, al umbral de la alcoba, fué aquel uno de los instantes más grandes de mi vida.

Pero por mucha que fuera la prudencia con que se consumara mi tan discreta semiintrusión, advirtiéndolo la enferma, y con una vocecilla tan débil, tan débil, que era menester en verdad toda la intuición de unos padres y de un enamorado para adivinarla distintamente, no ya para percibirla, dijo:

—Pablo, entra y no tengas miedo. Ya sé que estoy muy fea ahora, pues me figuro la enfermedad que tengo. Pero estate tranquilo, que he de hacer todo lo que me digan y “no me rascaré”. Pero parece que esto se pega, y no quiero que te acerques...

Como yo protestase galantemente y con un corazón convencidísimo contra la severidad, no muy afectuosa, de aquella orden, añadió mi novia con encantadora sonrisa, haciendo alusión a nuestra correspondencia de antaño:

—¡Esta es la última prueba del príncipe Galor!

Y concluyó diciéndome:

—Sé prudente, y me pondré buena en seguida por ti. Pero ven a preguntar por mí todos

los días... y sigue haciéndome versos. Ya ves que, después de todo, te tengo ahí, siempre al alcance de la mano.

Y señalaba el retrato que ya mencioné.

A una seña de sus padres, me salí de la habitación. El acceso de lucidez había cesado, y al cerrar, con mucho tiento, la puerta, oí a la débil vocecica canturrear y, como gemir...

A mi dolor, muy real, y como todo dolor muy real, moral o físico, muy casto, uníase, debo confesarlo, algo, de un desencanto villano, que yo me censuraba a mí mismo casi ruborizándome, si puedo decirlo así mentalmente de sentir, una decepción como si dijéramos carnal. ¡Conque mi matrimonio habría de diferirse hasta las calendas griegas! Para eso me había tomado yo el trabajo de tantas abstinencias y ayunos... y estaba yo, como quien dice, abochornado de atinar con el nombre que había que dar a aquellas abstinencias y a aquellos ayunos... Y venía a estar en la situación, como si dijéramos, de aquella a quien habiéndole prometido más manteca que pan, no le dan después ni pan ni manteca.

Pero aquel pesar grosero, más bien animal, pasó pronto y no tardó en ceder el puesto a la harto legítima inquietud por el desenlace de la enfermedad y a la

Insulsa y amarga

congoja de la "ausencia" otra vez, ¡y qué ausencia ahora!, que quizá fuera el preludio de... ¿de qué?, ¡Dios mío! ¡Ah, si yo hubiera tenido entonces la fe, aunque no hubiera sido más que la fe menguada que tengo la mediana dicha ¡ay! de poseer todavía, cómo hubiese rezado y hecho votos a los santos, en los santuarios parisienses recomendados!

Pero aún sin haberlo pedido, obróse el milagro, y a mediados de mes empezó la convalecencia, de suerte que, después de unos diez días de muchas visitas diarias —por la mañana temprano, a la vuelta de la oficina a casa, escogiendo el camino más largo, y, finalmente, por la noche, para recibir noticias cada vez más favorables—, pude reanudar "mi cortejo" casi en el mismo punto en que lo dejara, en apariencia, pero en realidad más adelantado en el querido corazón... y en el mío. Según me prometiera, había sido "juiciosa", no se había rasgado, y además habíanla asistido con todo esmero mis amigos, los médicos Antonio Cros, el hermano del poeta y del escultor, y Pauthier, un joven todo abnegación y ciencia también, que había de morir miserablemente víctima de un fatal error, cuando la terrible represión de mayo de 1871. Y además sus padres habíanla velado alternativamente, teniendo cuidado, en cuanto se quejaba de picor, de friccionarle la cara

con *coldcream* y agua de malvavisco. De suerte que se me mostró la misma de antes, salvo que conservaba alguna languidez en el andar y una tez algo más animada en una cara ligeramente enflaquecida, que no dejaban tampoco de tener su encanto. Habíamos convenido en aplazar la boda hasta la primera quincena de junio, esto allá por mayo, cuando en la última semana de junio, un poco antes de la tan esperada fecha, hubo que diferenciar nuevamente. La madre de mi novia había sufrido dolores de riñones y de cabeza muy sintomáticos. Habíase contagiado de la espantosa epidemia, y tuvo que someterse al mismo tratamiento que la hija.

Yo quería mucho a la señora de M... y siempre lo he demostrado, lo mismo viviendo ella que después de su muerte. Júzguese de ello por este poema inédito que le consagré con ocasión del último 2 de noviembre:

... A LA SEÑORA MARIA DE M.

Fuisteis dulce y buena en nuestras tristes tempestades.
 Espíritu y razón entre nuestras necias cóleras.
 Y de haberos hecho caso cuando aun era sazón,
 Nos habríamos ahorrado tanto pesar, más feo
 Que doloroso, al sonar luego la hora

C O N F E S I O N E S

Definitiva en que esperar era un cebo,
En adelante; al menos hicisteis lo mejor
Que pudisteis por un "modus vivendi" menos odioso
Que esta guerra sorda o esta paz armada

Que siguió al horrible conflicto.

Sed amada

Y venerada, ¡oh muerta inoportunamente!

¿Quién sabe? Vos ahí, precisa y segura en el verda-

[dero momento,

Vuestra voluntad, toda indulgencia y cordura,
Hubiera prevalecido, sin duda, y nos habría hecho don
De un perdón mutuo gracias a ella obtenido;
Todo sería para mejor, con Dios por testigo.

Pero Dios no lo quiso y con él os llevó.

¿Por qué?

Dormid, vos, bajo la losa gris,

Vos que practicasteis el deber y no cedisteis,

Dormid este mes de noviembre en que no pueden mis
[pasos

Enfermos ir a llevaros alguna corona.

Pero aquí tenéis mi pensamiento, ¡oh, la dulce y buena!

Era un alma encantadora, artista por instinto y por talento, música excelente y de exquisito e inteligente gusto, y abnegada para aquellos a quienes amaba, según veréis después.

P A U L V E R L A I N E

Desde el principio de la enfermedad fuéronle prodigados los más solícitos desvelos, y los mismos médicos que habían curado a la hija, hicieron que mejorase la madre; y si yo, que era un triste incrédulo, hubiera podido, lo repito, ¡qué oraciones no hubiera elevado a un cielo ofendido ya y más tarde también, y que yo no había de invocar en ayuda de tantas necesidades, sino después de lecciones severas, ¿habré de temerlo así?, y vanas!

También aquella vez operóse el milagro no invocado: la señora de M... curó rápidamente.

Pero mi boda sufrió un nuevo aplazamiento.